

CAPITULO CXXXV.

Destrucción de la Armada Invencible.—Algunas consideraciones respecto á este desastre.—Imposibilidad de Felipe II al recibir la noticia.

ANGUSTIOSA era la situación en que el duque de Medina Sidonia se encontraba en el puerto de Calais, situación creada, no por los azares de la fortuna, sino por su impericia y su ciega obediencia á las órdenes del Monarca.

Una noche vieron los españoles ocho navíos brotando llamas, que se acercaban hácia ellos, comprendiéndose por el rumbo que traían que venían de la villa de Wight, donde se hallaba anclada la escuadra de Drake, que por este medio pensó introducir el desorden y el pánico entre los buques de sus contrarios.

Y por cierto que su estratagemá dió un resultado mas satisfactorio de lo que presumia. Algunos de los que habia en la escuadra habíanse hallado en el famoso sitio de Amberes, y recordaban los famosos navíos monstruos lanzados contra el dique construido por el duque de Parma, así fue que al ver los ocho navíos ingleses, dando el grito de ¡Los fuegos de Amberes! ¡La peste de Amberes! introdujeron la alarma en toda la flota; cundió el pánico, y aturdido el que debía haber estado mas sereno que todos, que era el duque de Medina Sidonia, dió orden de levar anclas y abandonar inmediatamente el puerto.

En vano fue que los mas serenos, y los acostumbados ya á los peligros, trataran de calmar aquella agitación proponiendo que se averiguase lo que aquello era, procediéndose con verdadero conocimiento de causa; la confusión fue espantosa, y apresurándose todos á cortar los cables, dióse al mar la flota española.

Creía el duque haberse salvado de un peligro inminente, cuando cambiando el viento y tornándose en un violento SOE. acompañado de un furioso aguacero, transformóse á poco en deshecha borrasca, que agitando las ya de suyo intranquilas olas hacían chocar con violencia nuestras naves, que hechas juguete de la tempestad, fueron á chocar unas contra los bancos de las costas de Flandes, hundiéndose otras en los inmensos abismos de aquel revuelto mar.

Terrible fue aquella noche, y bien satisfechos debieron quedar los ingleses cuando á la mañana siguiente pudieron percibirse de la dispersión de la escuadra y de los estragos producidos en ella por el temporal. Esto facilitó de una manera notable el trabajo, é inmediatamente aprovechándose del desorden en que se hallaba, envistieronla con sus ligeras naves.

Cuarenta buques pudieron reunir el duque de Medina Sidonia, Recalde, Moncada, Pimentel y Toledo, y valerosamente hicieron frente á un enemigo audaz y superior entonces, sosteniéndose durante todo el día; pero llegó la noche, y cual si la tempestad fuese evocada por ella, y se hubiese empeñado en proteger á los ingleses, desencadenóse furiosa, y fue arrojada á la playa la galeaza de Nápoles que mandaba D. Hugo de Moncada, quien perdió la vida en aquel supremo trance atravesada la frente de un balazo, cual si la suerte quisiera evitarle el dolor que habia de sufrir ante el desastre de su patria. Otros buques encallaron cerca de Flesinga: tenían que luchar con los hombres y con los elementos, y el mar sorbía incesantemente buques y hombres. Entonces el duque de Medina Sidonia, impotente para luchar contra la tempestad, tratando de salvar los cortos restos de la poderosa escuadra, dió la orden para volver el rumbo hácia España: primera vez, como confiesa un escritor inglés, que los españoles huyeron delante de sus enemigos.

Durante esta fuga hecha por el N. de Escocia y de Irlanda, camino que muchos no conocían, nuevos peligros, contrariedades nuevas, y desgracias irreparables hubieron de sufrir todavía; allí, sobre las costas de Irlanda rindió la vida con diez navíos el valiente Alonso de Leiva; allí, el maestre de campo Alonso de Luzon fue apresado y conducido á Inglaterra; allí, los vicealmirantes Recalde y Oquendo adquirieron las enfermedades que pusieron fin á su existencia antes de poder entrar en el puerto de Coruña el uno, y apenas tocó en el de San Sebastian el otro.

En setiembre de 1588 llegó á Santander el duque de Medina Sidonia, tan notablemente alterada su salud, y tan padecido su ánimo, que el Rey hubo de concederle licencia para que se retirase á su casa.

Extraordinaria fue la pérdida que experimentó España en aquella funesta derrota, siendo tantas las muestras de público duelo que por todas partes se daban, que Felipe II vióse obligado á poner límite á ellas.

Prescindiendo del valor material de aquella formidable escuadra, multitud de preciosas existencias sucumbieron en la malograda empresa, y la pérdida moral era muy grande, puesto que por vez primera, como los mismos ingleses confiesan, los españoles habían huido delante de sus contrarios.

Únicamente, en medio de aquel luto extraordinario, entre la consternación producida por un hecho de tal magnitud, únicamente, repetimos, mantúvose frío é impasible, si no en el fondo, en apariencia al menos, el rey de España.

Dicen que Felipe II al recibir la noticia de la pérdida que acababa de experimentar, respondió: *Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos*, añadiendo despues: «Doy gracias á Dios, de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ra-

mas con tal que quede el árbol de donde han salido, y de donde pueden salir otras (1).»

No opinaba de la misma manera la nación, que en el luto que vestía simbolizaba, á la par que la pérdida de un deudo ó de un amigo, la de aquel poder marítimo, que desde entonces no pudo ya recobrar España.

«Pocas empresas, dice un historiador, se premeditaron mas tiempo, pocas se dispusieron con mayor aparato, y ninguna se ejecutó con mas infelicidad.» Y tiene razón, puesto que no puede decirse que una inexcusable ligereza, la alucinación de un momento ó el impremeditado coraje de un día, impulsó una empresa donde el entusiasmo imprudente pudo dar lugar al contratiempo.

Nada de eso existió aquí; ni Felipe II procedió á la ligera, ni se indignó sin razón, ni por falta de tiempo y de recursos se malogró la empresa.

Generalmente en los grandes desastres suele existir un punto oscuro, accidente inesperado, imposible de preveer, irremediable en el momento que se presenta, y que es el que determina la catástrofe.

¿Pero realmente en la derrota de la *Invencible* existió un punto oscuro, inesperado, é imposible de remediar? Nosotros creemos que no. Es verdad que los elementos mostráronse adversos, mas á pesar de esto la influencia de la tempestad pudo en gran manera haberse atenuado, si las operaciones hubieran estado dirigidas con mas acierto, y si Felipe II, escuchando el consejo de los que verdaderamente entendían en aquellos asuntos, hubiese obrado cual la prudencia exigía.

Cierto que Felipe II tenía que vengar de la reina de Inglaterra ultrajes de aquellos que requieren ejemplar castigo: concedemos de buen grado que difiriendo de la opinión de Idiaquez, determinase castigar á Isabel, sin perjuicio de terminar los asuntos de Flandes, mas ¿por qué no atender las indicaciones del veterano marino don Alvaro de Bazan ó del prudente soldado Alejandro Farnesio?

La razón natural parece hallarse conforme con la opinión de aquellos dos entendidos soldados: para entablar una guerra como aquella en mares de por sí un tanto peligrosos, la prudencia aconsejaba proporcionarse un puerto de refugio, que no solamente pudiese amparar á la escuadra en el caso de un récio temporal, sino que protegiese los preparativos que el duque de Parma tenía que hacer.

De igual manera la toma de Flesinga, ó de cualquier otro punto de la Flandes septentrional hubiese sido siempre un estorbo, para que los flamencos pudiesen prestar sus auxilios á los ingleses, y de este modo se habrían evitado muchísimas de las catástrofes parciales que constituyeron el desastre total.

Pérdida de gran consideración y en la cual debió pararse Felipe II, fue la del marqués de Santa Cruz; y prescindiendo mas del rango y de la opulencia, debía atender con mas discreción á los conocimientos y á la práctica probada, y elegir para sustituirle uno de aquellos excelentes y experimentados marinos que todavía existían en España, no de tan ilustre nombre como el duque de Medina Sidonia, pero que sabían mucho mas que él, y que en aquellas circunstancias hubiesen sido de verdadera utilidad.

Si no hubo ligereza en los preparativos de aquella empresa colosal; si con sobrada lentitud y con meditación profunda reuniéronse los elementos necesarios, faltó la calma y el cálculo al dar la orden para que entrase la escuadra en el canal de la Mancha antes de saber si el duque de Parma tenía ya dispuestas sus naves y su ejército para entrar inmediatamente en campaña. De aquí resultó, que faltando la tropa de desembarque, verdadero nervio de la expedición, como la llama un historiador, la aparición de aquella poderosa escuadra era poco menos que inútil.

La escuadra inglesa situada en la rada de Plymouth, contrariada por el viento é incapaz de moverse, debió haber sido atacada por la armada española con la seguridad de destruirla; pero la orden de Felipe II dada tambien con sobrada ligereza, puesto que debía haber previsto que hay casos y situaciones hijas del momento, y que deben aprovecharse, so pena de exponerse á perances como el ocurrido despues, impidió al de Medina Sidonia ceder á los consejos de sus oficiales, puesto que menos marino que caballero, no comprendió bien toda la ventaja que debiera reportar en quel caso; y ante el temor de desobedecer al Rey, sacrificó la suerte de toda la escuadra.

Todo lo sucedido posteriormente no fue mas que una consecuencia de lo ocurrido ante el puerto de Plymouth, y todo ello á su vez producido por la precipitación con que á última hora se hizo marchar la escuadra á las costas de Inglaterra sin tener la seguridad de que el duque de Parma podía reunirse inmediatamente á ella.

Contrarios mostráronse los elementos, las borrascas tuvieron su parte muy activa en aquel suceso; mas la falta de prudencia, el tener mas en cuenta el criterio propio que los consejos dictados por la práctica y la experiencia, fueron, segun nuestra opinión, las primeras causas que dieron motivo á la espantosa catástrofe que tanto gozo produjo en Inglaterra, como luto y desolación derramó sobre España.

(1) Estrada, Dec. II, lib. 9. — Ventivoglio, Part. II, lib. 4.



J. SERRA. LT.

La VIDAL. Omo. 25

TOMA DE BREDÁ POR MAURICIO DE NASSAU.

CAPITULO CXXXVI.

Disgustos de Alejandro Farnesio.—Emprendé de trueno las operaciones contra los rebeldes flamencos.—Cae Breda en poder de Mauricio de Nassau.

GRABE disgusto produjo en Alejandro Farnesio la destrucción de la *Armada invencible*, pues aparte de lo que había de mortificarle que el pabellón español quedara vencido, había perdido una nueva ocasión de adquirir nuevos laureles para sí y glorias nuevas para España, puesto que teniendo en cuenta la incapacidad de Leicester, que mandaba el ejército inglés, y la falta de disciplina é instrucción de los soldados que le componían, no era difícil presumir que ni el uno podía competir con el esforzado é inteligente duque de Parma, ni los otros podían sostener la lucha con aquellos aguerridos y valerosos tercios españoles é italianos que habían triunfado ya en tantos combates.

A esto, agregábanse otras molestias producidas tanto por lo que aquel triunfo de los ingleses dificultaba la completa pacificación de las provincias flamencas, cuanto por los rumores que habían hecho circular sus enemigos en la corte respecto á él, rumores que se esparcieron por Flandes y por Italia.

Murmurábase del Duque achacándole parte de culpa en el malogro de la empresa atribuyendo á su lentitud en la organización de las fuerzas que habían de embarcarse y en las naves que habían de conducir las todas las desgracias que en aquella expedición ocurrieron, llegando algunos hasta suponer que andaba en tratos con la reina de Inglaterra.

Esta, á quien convenia inutilizar á un adversario tan formidable, fomentaba estos rumores que, sin detenerse ante consideración alguna, creciendo á cada paso y aumentando sin cesar, llegaban á los oídos del Monarca y llenaban de cólera al que era objeto de ellos y cuya existencia no había sido mas que un sacrificio continuo en pro del Monarca.

Este, justo quizás por única vez en su vida, no solamente desoyó todas las acusaciones que contra su sobrino se lanzaban, sino que le dió nuevas pruebas de su amistad y confianza, demostrándole patentemente lo satisfecho que se hallaba de su conducta y de sus esfuerzos.

Con dignidad y firmeza había tratado el de Parma de desvanecer todas las acusaciones contra él lanzadas, así como también otras varias intrigas fraguadas para desconcentrarle, mas la actitud de Felipe en esta ocasión, á pesar de todo lo que la maledicencia y la envidia le excitaban, fue por sí solo suficiente para hacerle la justicia que de derecho le pertenecía.

Satisfecho Alejandro con las nuevas pruebas de afecto que le había dado el Rey, y tranquilo respecto á sus enemigos de la corte, dirigió todos sus esfuerzos á la guerra, que en tan buen estado llevaba cuando ocurrió el desastre de la armada.

Dividió su ejército en tres cuerpos, cuyos mandos dió al conde de Mansfeldt y al elector de Colonia, reservándose el del tercero, compuesto en su mayoría de españoles, hácia los cuales tenía siempre una predilección muy marcada.

El conde recibió el encargo de apoderarse de Warthendouck, en Güeldres, y el Elector de la plaza de Bona sobre el Rhin, mientras que él iba á sitiar á Bergh-op-Zoom, que era de las últimas plazas del Brabante.

En este cerco, á pesar de toda su pericia y de su reconocida prudencia, cayó Alejandro en el lazo que diestramente le tendió un inglés que le ofreció entregarle el castillo.

Creyóle el de Parma, y cuando se adelantaban las fuerzas destinadas para esta operación, cayeron en la emboscada enemiga, costando la vida á muchos valerosos soldados, á pesar de haberse defendido heroicamente, quedando, entre otros prisioneros, el marqués de la Hinojosa y el conde de Oñate.

Bona, á pesar de cuantos esfuerzos hizo el famoso Scheuck para defenderla, cayó en poder de Ernesto, elector de Colonia, y esta noticia atenuó algún tanto el dolor que produjo á Farnesio el contratiempo sufrido.

A su vez el conde de Mansfeldt apretaba del tal modo á Warthendouck, que, aun cuando con obstinación estuvo resistiéndose, no tuvo finalmente otro remedio que rendirse.

En este sitio fue donde, según los historiadores, por vez primera se usaron los proyectiles llamados posteriormente *bombas*, y que por haberlas inventado un artífice de Venlo, llamábanse entonces *máquinas venloenses*.

«Nada atemorizó tanto á los defensores—dice Estrada refiriéndose á Warthendouck,—como los grandes globos de bronce vaciados, huecos y embutidos por de dentro de pólvora... los cuales arrojados en alto desde grandes morteros, centelleando de un pequeño agujero las yescas de longitud templada, cuando desde la altura caían pesados sobre los tejados á donde los destinaban, los hundían con su peso; y al mismo tiempo encendidos ellos, reventando en piezas, se apoderaban de cuanto estaba cerca con un incendio contumaz contra el agua (1).»

Geertruidenberg fue otra de las plazas que Farnesio ganó en esta campaña que tan desfavorable se le presentara por la traición del inglés del castillo de Bergh-op-Zoom, y fue tanto mas de celebrar su posesión, cuanto que la guarnición que había en ella, compuesta de ingleses y holandeses, gente desalmada toda ella,

(1) *Guerras de Flandes*.—Década II, lib. X.

hacia alarde de no obedecer, ni á los Estados, ni á ninguna otra nación.

Mauricio de Nassau trató de socorrerla, pero el de Parma supo impedirlo, y á pesar de su formidable resistencia, la plaza no tuvo otro remedio que rendirse.

Exacerbados doblemente los padecimientos del príncipe de Parma, por efecto de las fatigas y los disgustos, que graves y repetidos habían sido los unos y otros, y cada vez mas molesto por la hidropesía, no tuvo otro remedio que regresar á Bruselas, desde donde pasó á tomar las aguas de Spa, quedando á cargo de Carlos de Mansfeldt el ejército del Brabante.

De alguna de las fortalezas, cuya toma le ordenó Alejandro, consiguió apoderarse, pero vino á cortar la serie de sus triunfos la sublevación que estalló en el tercio español que mandaba Sancho de Leyva, y en el cual militaban también el duque de Pastrana, y el príncipe de Asculi.

La sublevación dió comienzo por un simple motin, y llegó á adquirir una importancia extraordinaria por ser el tercio en cuestión el mas aguerrido, y el que mayores triunfos había alcanzado, apellidándose por todas estas causas el tercio viejo.

El duque de Parma al tener noticia de semejante acontecimiento acudió inmediatamente á sofocar aquella rebelión, que tan funestos resultados podía producir, pues harto escarmentado estaba ya de estos motines, mostrándose tan duro é inexorable como el caso requería, para mantener la disciplina y la subordinación tan necesaria, especialmente estando en campaña.

En vano fue que el veedor general Tarsis, el mismo Sancho de Leyva y otros personajes importantes intercedieran para que se mostrase generoso; había resuelto hacer un castigo ejemplar, y no existía consideración alguna, ni ruegos, ni reflexiones que fueran bastantes á impedirselo.

En la horca murieron los mas culpables, disolvióse el tercio, y sus compañías fueron á refundirse en los demás cuerpos, moviendo á lástima, como dice un historiador, ver á aquellos valientes veteranos llenos de cicatrices y de insignias ganadas en tantas batallas, en el momento en que se les mandó plegar las banderas, llorar los unos, irritarse los otros y volver las alabardas contra el suelo, rasgar las banderas y quebrar las astas, maldiciendo y deplorando el error cometido.

Si la guerra que había estado haciéndose durante la temporada que Alejandro permaneció alejado del ejército por consecuencias de sus padecimientos, fue menos activa, no por eso dejó de ser sangrienta y costosa, señalándose á principios del año 1590, con un acontecimiento que llenó de indignación al de Parma, y que fue una gran pérdida en aquella circunstancia.

Breda, aquella plaza del Brabante, cuya adquisición había costado tantos sacrificios á los españoles, según tuvimos ocasión de ver en otro lugar, cayó en poder de Mauricio de Nassau por descuido del italiano Sanzovechia, ó mejor dicho, por habérsela este fiado á un hijo suyo falto de experiencia y de las condiciones que para semejante cargo se requería.

Ingenioso fue el artificio con que la plaza fue ganada. Un flamenco llamado Bandemberg, patron de uno de los barcos que llevaban turba á la ciudad, comprometióse á introducir setenta soldados perfectamente ocultos entre la turba, que es la leña usual en el país y de la cual se hace un gran consumo.

En febrero de 1590 y puesto de acuerdo con Mauricio, entró el barco en la ciudad, conduciendo el sospechoso cargamento; el sargento mayor de la plaza envió dos cabos para que le reconociesen, pero estos, sobradamente confiados ó negligentes en demasía, prefirieron á cumplir con su comisión ponerse á beber con Bandemberg, que les invitó á ello, y entre tanto los setenta individuos que salieron de entre la turba, arrollaban el primer cuerpo de guardia, haciendo la señal convenida con Mauricio.

Aproximóse este, penetró en la ciudad, y sin gran resistencia dominóla por completo.

Al tener de ello noticia el de Parma, fue tan grande el disgusto que experimentó y tal su cólera, que formado el consejo de guerra contra los defensores de Breda, les hizo decapitar inmediatamente, exceptuando tres únicamente, que justificaron cumplidamente su inculpabilidad.

Inmediatamente trató de apoderarse nuevamente de la plaza, pero á pesar de haber enviado primeramente al marqués de Barambom y después al conde de Mansfeldt, hubo de contentarse con la construcción de algunos fuertes para impedir la comunicación con la ciudad, toda vez que Nimega, amenazada por Mauricio Nassau, reclamaba todos sus esfuerzos.

Prosiguiendo la marcha de estos sucesos y no queriendo distraer el ánimo de nuestros lectores con nuevas complicaciones de las que á cada paso estaban surgiendo en España, no nos hemos ocupado de la guerra con Francia; guerra que, como dice muy oportunamente un historiador contemporáneo, fue otra de las grandes empresas que con mas ánimo, resolución y medios abarcaba Felipe II; mas en el próximo capítulo vamos á tratar de sus causas y de los perjuicios que para la pacificación de Flandes trajo consigo.



ENRIQUE III.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.